

La tormenta de Trelew y los relámpagos de la memoria

Néstor Kohan¹

La historia argentina como lucha de clases

Que los fusilamientos de Trelew de 1972 no fueron el primer hecho sangriento de nuestra atormentada historia, está hoy fuera de cualquier discusión política y de toda polémica. La memoria popular guarda una a una las numerosas cuentas pendientes que tenemos abiertas con el imperialismo y las clases dominantes de nuestro país... (como no somos cristianos, nosotros no ponemos sumisa y mansamente la otra mejilla, las cuentas aún están pendientes).

Toda nuestra historia es la historia de la lucha de las clases y los pueblos. 1492 es más que un número. Nada se perdió. Todo sigue allí. Esperando. Las clases dominantes de nuestro país alguna vez recibirán lo que sembraron. No será soja ni maíz.

Aunque nuestra sed de justicia viene de mucho, muchísimo, antes, nacimos en el siglo XX. Ni olvidamos ni perdonamos los palos y tiros a mansalva con que se disolvían impunemente las manifestaciones anarquistas del 1 de mayo en las primeras décadas de aquel siglo. Tampoco las represiones salvajes de las policías bravas que, acompañadas por matones de comité cívico, “niños bien” y burguesitos de Barrio Norte, inundaron de cadáveres, vejámenes y violaciones el barrio obrero de Once en aquel tiempo. Bajo ningún aspecto prescribieron para el movimiento popular los fusilamientos en masa de obreros insurrectos aniquilados por militares criollos, germanófilos disfrazados de “patriotas”, que anegaron en sangre nuestra Patagonia en los '20, medio siglo antes de Trelew.

El invento de la picana eléctrica es, debemos ya asumirlo, la otra cara, ácida, agria y pestilente, del celebrado dulce de leche argentino. Fue aplicada sistemáticamente (o sea, no por un perverso aislado ni un loquito suelto sino como política de Estado) desde el departamento central de la policía federal y su “sección especial de represión al comunismo”, tanto en gobiernos golpistas y fraudulentos de la década del '30 como en gobiernos democráticos y populares durante el primer peronismo. Sobran testimonios de víctimas de la tortura y los 220 voltios sobre la carne, incluso durante la

¹ Integrante de la **Cátedra Che Guevara** (www.amauta.lahaine.org) y de **Brancaleone Films**.

“democracia nacional y popular” que sancionaba el aguinaldo y aceptaba, por fin, algunas demandas sindicales (recuerdo tan sólo el relato de las obreras sindicalistas telefónicas que defendían la nacionalización de las comunicaciones, a quienes tuve el honor de conocer personalmente cuando ya eran viejitas, por si alguno sufre de amnesia al reconstruir unilateralmente nuestro pasado).

Si la primera parte del siglo XX estuvo entonces marcada a sangre y fuego por ese talón de hierro burgués y ese guante de acero oligárquico, con conservadores y liberales, con dictadura y con democracia, con radicales y con peronistas, el nivel, la profundidad y la escala de la represión contra la rebeldía popular pegó un salto descomunal en la segunda mitad del siglo.

Ni el primero ni el último episodio de la larga zaga de crímenes políticos argentinos, la matanza-masacre de Trelew constituye, qué duda cabe, un punto neurálgico de inflexión. El nexos sombrío que conecta y vuelve inteligible dos polos emblemáticos de una misma ecuación. Por un lado y en un extremo, un hecho inaudito. El bombardeo militar de la población civil en 1955. Aviones de guerra de la marina probritánica, disfrazada también de “patriota” (pero que conmemoraba como un hecho luctuoso propio cada aniversario de la muerte de los almirantes británicos...), que con un salvajismo digno de los nazis en Guernica, se ensañaron contra los trabajadores peronistas desarmados y la población civil que se manifestaba en plaza de mayo.

Conozco ese hecho no sólo por haberlo leído, haber visto noticieros y haber reconstruido la historia a partir de estudios historiográficos y análisis teóricos, sino también por el relato familiar que me transmitió mi madre, quien trabajaba de enfermera durante esos bombardeos militares y hasta el día de hoy no se olvida de la barbarie horrorosa que vivenció en forma directa y en la que por suerte, de pura casualidad, no murió cuando una bomba aniquiló un colectivo repleto de enfermeras. También tuve la oportunidad de conocer personalmente y estudiar con el nieto del Almirante Rojas, cabecilla de los asesinos. Cargando a cuesta su indisimulable inconciencia política, este muchacho trataba de modo infructuoso, pobrecito él, tan cheto, tan ignorante, de defender al criminal de su abuelo ante las impugnaciones que le hacíamos sus compañeros de escuela.

Ese bombardeo militar contra la población civil quiebra en dos nuestra historia y hace saltar la llave térmica, detonando veinte años de violencia política que sellarán dramáticamente el rumbo de nuestro país. Sin dar cuenta de ese bombardeo nazi, disfrazado de “republicano”, “democrático” y “liberal”, difícilmente se entienda cualquier hecho posterior, incluida la respuesta insurgente y la conformación de organizaciones político militares argentinas.

La masacre de Trelew la ejecuta la misma fuerza militar que bombardea plaza de mayo, teniendo a la marina de Gran Bretaña como paradigma y abolengo pretérito pero ya para esa altura, en 1972, operando bajo el mando directo del Comando Sur

norteamericano. No es casual que uno de los asesinos materiales de Trelew se haya refugiado durante varias décadas en “la gran democracia del norte”, a la que sumisamente servía, y la que le brindó evidente protección e impunidad.

Trelew, salto en calidad y punto de inflexión

Trelew traza entonces el nexo y la continuidad entre los bombardeos de 1955 y el genocidio implementado en Tucumán desde 1975 pero generalizado y extendido por todo el país a partir de marzo de 1976. El 22 de agosto de 1972 constituye el trampolín entre ambos. Conforman un nuevo salto en calidad al modificar la modalidad de la represión de los de arriba contra los de abajo pues ya no se reprime, como en 1955, a cielo abierto y de día, sino en la penumbra y la clandestinidad (dilatando aún más los fusilamientos denunciados por Walsh en *Operación Masacre*). La guerra abierta (nunca limpia, nunca transparente) se transforma en guerra definitivamente sucia y clandestina. Los fusilamientos a sangre fría de Trelew preanuncian la clandestinidad estatal de las desapariciones y las torturas escondidas de 1976. El “liberal” y “amplio” Lanusse anuncia a los carniceros desbocados Videla y Massera. Todos ellos, “mano blanda” y “mano dura”, “azules” y “colorados”, “liberales” y “nacionalistas”, “gorilas” y “populistas”, fieles exponentes y ejecutores serviles de la Doctrina de Seguridad Nacional (de Estados Unidos). Paradigma estratégico adoptado por la burguesía “argentina” para reordenar el capitalismo criollo y reinsertarlo en un nuevo y renovado ciclo dependiente.

No hay neoliberalismo sin genocidio. No hay mercado sin violencia. No hay valor, dinero ni acumulación de capital sin relaciones de poder. No hay extracción ni capitalización de plusvalor sin ejercicio de la fuerza material. Las lecciones políticas, históricas y teóricas están allí, a la mano, para quien se anime a desoír la voz del amo y a desobedecer el límite de la disidencia permitida, incluso alentada... porque no molesta a nadie.

Los jóvenes de Trelew, antítesis del “hombre mediocre”

Volvemos entonces a Trelew. Nuevamente visitamos los documentos escritos, volantes y revistas. Los libros viejos, casi olvidados y llenos de tierra, siguen susurrando. Nos reencontramos con el testimonio filmado de quienes, frente a jueces y periodistas, brindan conferencia de prensa en el aeropuerto, antes de entregarse (y ser aniquilados, ¡atención!, el enemigo no respeta pactos ni acuerdos). Los miramos, los escuchamos. Raymundo Gleyzer se ocupó de que esas imágenes queden en la historia, quizás presintiendo que algo similar le ocurriría a él poco después.

Y viendo aquellas imágenes, nos seguimos emocionando. Nos impacta la juventud de sus protagonistas. Y desde una época posmoderna como la nuestra, marcada por el Facebook, el twitter y los teléfonos mágicos de última generación que mantienen prisionera

la atención y despilfarran la inteligencia 24 horas por día, nos preguntamos: ¿Quién dijo que ser joven equivale a ser superficial y tonto? ¿Quién instaló semejante monstruosidad? Mirar los rostros, escuchar las voces, repasar someramente la edad y visitar las cortas biografías de quienes organizaron la fuga del penal de Rawson (tanto de quienes lograron escapar como de quienes terminaron fusilados en la oscuridad) desmonta automáticamente cualquier “tinelización” de la juventud contemporánea, entendiendo por tal la justificación neoliberal y posmoderna de que ser joven habilita la falta de compromiso político, legitima la frivolidad y justifica la ignorancia histórica. (“¿Cómo me vas a pedir eso si yo soy joven?”; “¡No tengo por qué saberlo si no había nacido!”) ¡Todo lo contrario! Repensar los hechos de Trelew y destacar la notoria juventud de sus protagonistas nos obliga todavía más a asumir que sin un ideal, la vida humana y especialmente los años ardientes de la juventud, se vuelven vacuos y efímeros.

El indio Pedro Bonet, con apenas 30 años, habla en la conferencia de prensa antes de entregarse sobre su integridad física y la sus compañeros y compañeras, defendiendo al mismo tiempo las luchas del pueblo argentino... mientras recuerda la Patagonia rebelde. ¿Cómo? ¡Un loco! ¿Habla de la Patagonia anarquista de medio siglo atrás mientras negocia la entrega y el desarme intentando infructuosamente que no los torturen? ¿Pero qué tiene que ver la lucha del gallego Soto con lo que estaba pasando en el aeropuerto, si Bonet no había nacido para entonces...? ¡Es que la historia no nace con el ombliguito propio! El Che Guevara conocía cada detalle de la vida y la obra de Lenin quien vivió, sufrió, luchó y murió cuando él no había nacido y sus padres no habían hecho siquiera el amor. Trelew nos marca una necesidad urgente, superar la eternidad posmoderna del presente indefinido. ¿Nada anterior a nuestro ombligo merece ser conocido? Mediocridad pura y dura. Trelew nos invita a vivir de otra manera, una forma de experimentar la existencia singular diametralmente opuesta al “hombre mediocre” (aquel que tanto vituperaba José Ingenieros), ese modelo inmediateista, “realista” y pragmático que nos han querido instalar como algo normal. Trelew constituye la mejor síntesis de la juventud revolucionaria argentina. Pasó hace mucho tiempo, sí, pero continúa teniendo vigencia. Digan lo que digan, me importa muy poco. Sigue teniendo vigencia.

La unidad en la diversidad

El control de la prisión, la toma por asalto del avión, toda esa rebeldía en la que se involucraron corrientes políticas muy diversas, nos brinda la pista de una lección todavía pendiente. La fuga del penal de Rawson y los acontecimientos de Trelew están marcados por **la unidad de las corrientes revolucionarias**. No las declarativas, no las retóricas, no las que esgrimen malabarismos discursivos y citas de clásicos prestigiosos para ocultar su falta de vocación estratégica de poder (esas que hoy predominan y se unen tan sólo por el interés

mezquino de un voto, desfilando por la tele sin pena ni gloria, con el aval cómplice de los poderosos de turno) sino las corrientes políticas que se jugaron el pellejo y pusieron toda la carne en el asador para cambiar de raíz nuestro país.

Las disputas de Clío y la intemperie de los muertos

Pero la juventud de Trelew no es sólo memoria. Es también presente. Y desde nuestro presente la recordamos y la abrazamos. Ese ejercicio de memoria, parte central de este libro, presupone hoy, en 2015, remar a contracorriente, incluso a riesgo de quedar solitos y solitas. La fortaleza política de una persona se mide por su capacidad de quedarse solo, en los momentos que haga falta, solía repetir Deodoro Roca. Y hablamos de soledades, que no buscamos ni nos agradan, pero las asumimos, porque no somos hegemónicos, eso está claro. Aun así, decimos y escribimos lo que pensamos y sentimos. Y vamos a abrazar a nuestros compañeros muertos y nuestras compañeras humilladas sabiendo que no están a salvo. Ya nos recordaba Walter Benjamin, en una frase muy citada, poco masticada y nada digerida, que “*Tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza*”, a lo que agregaba “*En cada época ha de hacerse el intento de ganarle de nuevo la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla*”².

No sólo la derecha clásica ha arremetido de mil maneras contra nuestros muertos y desaparecidos. Por si no alcanzara, en los últimos años, la izquierda institucional y electoral que dice representar en Argentina la herencia de León Trotsky, mientras se pasea con sonrisas y cara de feliz cumpleaños por todos los canales de TV recibiendo curiosas (¿o no tanto?) alabanzas de los periodistas más reaccionarios y mendigando “un milagro” para las elecciones, no se cansa de impugnar a la insurgencia. Esa que fue aplastada sin piedad en Trelew. No hay fecha ni conmemoración histórica (por lo general cuando se recuerda la desaparición, el fusilamiento o el entierro NN de algún compañero) que no sea aprovechada por los medios de comunicación de estas corrientes para ensañarse con los muertos y catequizar a las jóvenes camadas de nuevos militantes con ideas tan peregrinas como que el Che Guevara fue responsable de las matanzas militares contra los mineros en Bolivia, que Mario Roberto Santucho lideraba una organización de pequeñosburgueses foquistas que pretendían sustituir a la clase obrera haciéndole el juego a Videla y todo un repertorio de lugares comunes que, sencillamente, provocan

² Véase Walter Benjamin: *Sobre el concepto de historia* [1940] (1995). Santiago de Chile, LOM-Arcis, p.51. Para un comentario sobre estas tesis y su importancia capital en la tradición marxista de la concepción materialista de la historia, véase el prólogo de Michael Löwy y Daniel Bensaïd a la edición de este mismo libro (2007), Buenos Aires, Piedras de papel y, también de Michael Löwy: *Walter Benjamin. Aviso de incendio* (2002). Buenos Aires, Fondo de Cultura económica. Particularmente pp.43 y ss.

vergüenza ajena. Cuanto más moderados y serviles con el Estado burgués y más dóciles con sus instituciones, más agresivos contra la memoria histórica de los revolucionarios y las revolucionarias de los años '60 y '70. Sí, es verdad, los muertos permanecen en la intemperie y no están a salvo.

Uno de los tantos folletistas y articulistas dedicados a fustigar periódicamente a la corriente guevarista con una obsesión digna de mejores causas es Facundo Aguirre. Lo escribo con nombre y apellido porque la ambigüedad, los eufemismos y la diplomacia falluta no son profesiones que me agraden. En uno de los periódicos de la izquierda institucional [*La Izquierda diario*] Aguirre le dedica al Che, el 8 de octubre de 2014, sus habituales diatribas. Una vez denostado el Che desde una reconstrucción prácticamente calcada de la teoría de los dos demonios, al año siguiente el mismo autor vuelca idéntica energía y similar libido en vituperar a Robi Santucho, precisamente el 19 de julio de 2015 (cuando se recuerda su asesinato y el secuestro de sus compañeros que quedaron vivos, algunos de ellos mostrados perversamente por las Fuerzas Armadas argentinas como “trofeo de guerra” en los campos de concentración). Curioso marxismo y extravagante historiografía ésta que va llenado los calendarios de insultos, según se conmemore cada desaparición o muerte de los rebeldes.

Aguirre, este mismo representante (que no inventa nada nuevo ni original, tan sólo sintetiza y reproduce las perogrulladas “autoevidentes” de quienes exhiben certificado de buena conducta para que los llamen en la televisión, poder sonreír agachando la cabeza un rato ante los amos y sumar algún votito), había publicado un libro-bodoque de apenas... 591 páginas (quinientas noventa y uno) para estudiar, según reza el título, la *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*. De las manipuladoras e intransitables 591 páginas dedicadas, supuestamente, si le hacemos caso al subtítulo, a reconstruir los hechos históricos y desde ellos reflexionar sobre la estrategia de la izquierda en Argentina, partiendo cronológicamente del año 1969: ¿qué lugar ocupa la masacre de Trelew? Apenas... 6 (seis) renglones. Para un hecho histórico que partió la historia argentina en dos y liquidó lo más genuino de la rebeldía popular... ¡apenas seis renglones en 591 páginas!³. ¿Escamoteando Trelew piensan borrar del recuerdo a nuestros caídos?

Grotesco y bizarro es decir poco. Reiteramos. Simplemente vergüenza ajena. Tanto a nivel político como a nivel teórico, para no abundar ni insistir en el terreno historiográfico. Y por si no alcanzara, una de las principales fuentes de información sobre los hechos de Trelew que en nota al pie se dignan citar estos autores es... ¡Tomás Eloy Martínez! Una referencia marxista un poquito dudosa, ¿no es cierto?.

³ Véase Facundo Aguirre y Ruth Werner: *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976* (2007). Buenos Aires, Ediciones IPS. p.78.

Semejante obsesión por aplacar a posteriori las culpas de no haber estado donde tenían que estar no los justifica en lo más mínimo. La grandilocuencia y la soberbia con que se ensañan y arremeten periódicamente contra nuestros muertos, tampoco.

Sí, querido Walter Benjamin, tenías razón, los muertos no están a salvo. Lo mencionamos, solamente, porque esas corrientes políticas son las que hoy, en el año 2015, monopolizan el relato oficial sobre los años '70 que predomina en la izquierda institucional, la única que muestran los monopolios de incomunicación. Gran parte de las demás tribus y tendencias marxistas o de izquierda se quejan y refunfunan por lo bajo, pero caminan a remolque de esta visión devenida oficial que de Trotsky (el compañero de Lenin y creador del Ejército Rojo) sólo tienen, si acaso, el nombre. Frente a tanta mezquindad política, prefiero recordar unos versos de Juan Gelman, de su poema "Condiciones", dedicado a Trelew:

*El ciego a los oleajes de dolor
y de sueño bajo las condiciones objetivas
¿no será oportunista?
Por falta de memoria o miedo
¿quiere enterrar al ave?⁴*

La clase obrera y Trelew: el papel de Agustín Tosco

En todas estas disputas actuales sobre el pasado argentino proliferan además grupos de investigación, cátedras y becas, muchas de ellas abonadas con gruesos subsidios. Insultar y deslegitimar a la insurgencia, "garpa", como se dice en el argot popular. Para eso sobran las becas y el dinero, tan escasos en otros rubros y objetos de estudio. La finalidad siempre apunta en la misma dirección: cancelar el pasado, finiquitarlo de una vez por todas, opacar cualquier señal, por relampagueante que sea, que quizás pueda abrir aunque sea un par de ojos o acelerar el corazón al interior de una nueva generación. Llevar a cabo, dialécticamente, el NUNCA MÁS. Nunca más la insurgencia, nunca más sacar los pies del plato, nunca más desafiar al poder. Paradojas de la historia.

Uno de los principales lugares comunes que repiten hasta el hartazgo esas becas, esos proyectos rentados, esos subsidios académicos (en el peor sentido imaginable del término), es que la insurgencia argentina era pequeñoburguesa. Los muertos y muertas de Trelew serían "pequebu", ajenos al mundo de las clases trabajadoras. ¿Será así? Todo neurótico obsesivo duda de sí mismo. Y cualquier investigador serio debería hacerlo, por principio. El mismo

⁴ Véase Juan Gelman "Confesiones", poema con que se abre el libro-entrevista de Francisco "Paco" Urondo: *La patria fusilada* [Testimonios de María Antonia Berger, Alberto Miguel Camps y Ricardo Rene Haidar, sobrevivientes de Trelew]. (1973). Buenos Aires, ediciones de Crisis. p.5.

Marx, nuestro maestro, tenía como norma preferida “*Hay que dudar de todo*”. ¿Será cierto que la clase obrera era ajena a la rebeldía popular condensada en las organizaciones insurgentes? ¿Dos mundos separados, ajenos, inconmensurables y recíprocamente indiferentes, como reitera hoy tanto *paper* rentado en cuanto jornada académica le preste el micrófono a cambio de un papelito sellado que permita seguir escalando posiciones?

Veamos unos pocos ejemplos emblemáticos y altamente singificativos.

En la prisión de Rawson, junto con los seis guerrilleros escapados y los 19 fusilados se encontraba preso Agustín Tosco, dirigente sindical de Luz y Fuerza y la CGT de Córdoba, principal líder histórico del Cordobazo. Flor y nata del proletariado argentino, el “mejor pagado” de la clase trabajadora, como certifica cierta estadística sociológica, es decir, no perteneciente a los segmentos empobrecidos y marginados, desempleados y base de maniobra de algún puntero, sino corazón y cabeza de la clase obrera más concentrada, rebelde, peleadora y combativa del país. El liderazgo de Tosco sobre la clase obrera argentina y sus corrientes combativas, clasistas y antiburocráticas era de tal magnitud que diversas tendencias políticas, heterogéneas y con disputas recíprocas, lo asumían como su principal referente. Tosco condensaba en ese momento histórico de la lucha de clases en nuestro país a lo más avanzado y concientizado de la clase obrera en su lucha por el socialismo.

Desde su celda, cuando se entera de la matanza en la base militar, Tosco comienza con su vozarrón a alentar a los demás prisioneros gritando: “*Compañeros... compañeros... compañeros... Los quiero escuchar... Compañeros no se caigan, porque si ustedes se caen, ellos están muertos, está en ustedes que los hagan vivir*”⁵.

Un año después y ya en libertad, según su propio testimonio, Tosco recuerda aquellos episodios de la siguiente manera: “*Desde el 15 de agosto, día de la evasión, vivíamos en un clima de gran ansiedad. Habíamos sido reagrupados en pabellones distintos a los que ocupábamos en aquella fecha, y aislados rigurosamente en cada una de las celdas individuales. [...] La noche del 15 de agosto, en la que permaneció tomado interiormente el Penal, escuchamos las emisoras de Chile, donde se daba cuenta del secuestro del avión, y que en él viajaban Santucho, Osatinsky, Vaca Narvaja, Gorriarán, Quieto y Mena. Pero el 16 de agosto a la mañana, que se nos incomunicó, no sabíamos casi nada de los diecinueve restantes. [...] Fueron horas de intenso dramatismo. Todos estábamos encaramados y tomados de los barrotes cruzados de la ventana de la celda hacia el interior del Pabellón. Había rostros enmudecidos. Otros lloraban con profundo dolor y rabia.*

⁵ Véase Eric Domergue: *Como un pájaro ardiente. Agustín Tosco sobrevuela las luchas obreras. [Entrecruce de la historia de vida y militancia de Roberto “El turco” Habichayn y “el gringo” Tosco, ejemplos de lucha y coherencia]*. (2014). Buenos Aires, Yulca, La llamarada – Amauta Insurgente. p. 62.

Algunos gritaban y daban vivas a cada uno de los caídos y a las organizaciones guerrilleras, a la clase obrera, a la revolución y a la Patria.

A la noche se preparó un homenaje simultáneo en los seis pabellones ocupados por los presos políticos y sociales. Espontáneamente cada uno relataba aspectos de la vida, las convicciones, la personalidad de los caídos, hasta completarlos a todos. Posteriormente hablaron varios enjuiciando y condenando el alevoso crimen y fijando la responsabilidad en la Dictadura y el sistema. Luego a voz de cuello se gritó el nombre de cada uno y cada vez se respondía en forma vibrante y unánime: ¡Presente! ¡Hasta la victoria siempre!

Se entonaron colectivamente las distintas marchas partidarias. Todo quedó en silencio. Los guardias ordenaron acostarse. Esa noche nadie durmió. El recuerdo de los mártires caídos, la imagen de cada uno, el heroico ejemplo de cada uno, llenaba la imaginación, hacía estremecer los sentimientos y daba una pauta más del duro y glorioso camino revolucionario que recorren la Clase Obrera y el Pueblo hasta su total y definitiva liberación”⁶.

En su propio testimonio público, por obvias razones de seguridad y autopreservación, Tosco (todavía en la legalidad, antes de pasar a la clandestinidad) no cuenta una parte fundamental de aquellos dramáticos momentos. Al momento de fugarse de la cárcel de Rawson, los principales líderes de la insurgencia político militar dialogan con el principal sindicalista cordobés. Dirección insurgente político-militar y dirección sindical, cara a cara, hombro a hombro, codo a codo, en la misma prisión y luchando contra el mismo sistema capitalista. No son elucubraciones a posteriori sino hechos históricos. ¿Cómo fue ese diálogo sobre el cual tantas y tantas leyendas se tejieron porque allí se resumía precisamente el vínculo, el nexo, la relación íntima entre la insurgencia y la clase obrera más combativa, política y sindicalmente organizada? No estuvimos ahí. No somos magos. No consultamos brujas ni tarot. Pero contamos con el registro oral del testimonio histórico grabado a uno de los protagonistas de ese diálogo. El siguiente es un fragmento de esa entrevista:

Néstor Kohan: ¿Vos pudiste conocer a Agustín Tosco?

Enrique Gorriarán Merlo: *Sí, al gringo lo conocí y bien. Estuve con él en la cárcel de Rawson el día de la fuga. Tosco fue el único detenido que no participó de la fuga a quien le avisamos, antes de fugarnos, que nos íbamos a escapar. Cuando le avisamos, fuimos Robi Santucho [máximo dirigente del PRT-ERP. N.K.], Marcos Osatinsky [uno de los máximos*

⁶ Véase Agustín Tosco: “El compañero Tosco recuerdo aquel 22 de agosto en la cárcel”. En *Electrum* N°415, Córdoba, viernes 24/8/1973. Recopilado en Jorge Lannot, Adriana Amantea y Eduardo Sguiglia [compiladores] *Tosco: Presente en las luchas de la clase obrera* (1984, dos ediciones). Córdoba, s/edit. Reeditado luego con el título *Tosco: Escritos y discursos*. (1988). Buenos Aires, Contrapunto. pp.234-235.

dirigentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR. N.K.] y yo. Y entonces hablamos con el gringo. Allí, nuevamente, nos encontramos con esas historias tergiversadas que se tejen a posteriori. Algunos dicen por allí que Tosco nos respondió: “No, yo no me fugo porque a mí me van a sacar de la cárcel las masas”. Tosco no dijo nada de eso. Yo estuve allí y hablé con él. Nosotros fuimos a hablar con él sabiendo de antemano que él no se iba a fugar. Porque fugarse hubiera implicado que pasaba a la clandestinidad y dejaba de cumplir el rol que él cumplía en la resistencia. Ya para esa época Agustín Tosco se había transformado en una personalidad importante del sindicalismo y terminó siendo el sindicalista más importante de la república argentina. Nosotros le informamos antes de la fuga por el respeto que le teníamos y por la relación que teníamos con él. Con Tosco, hasta el último día, hasta el momento en que murió, coordinamos todo y hablamos todo con él. Desde lo político y lo sindical hasta lo militar.

N.K.: ¿Cómo fue ese diálogo antes de la fuga del penal?

E.G.M.: Bueno, en el recreo de las cuatro de la tarde —nosotros nos fugábamos a las seis, dos horas después— Robi Santucho le dice: “Mirá gringo, nos vamos a fugar. Lógicamente, si vos querés venir, no hay duda alguna, pero sabemos que no vas a venir”.

N.K.: ¿Qué le respondió Tosco?

E.G.M.: En un primer momento no dijo nada. Lo que hizo fue ponerse en cuclillas, flexionó las piernas, bajó la cabeza unos cinco o diez segundos, se levantó y lo único que dijo fue: “¿Y yo qué tengo que hacer?”. Esa es la verdad histórica. Eso fue lo que allí realmente sucedió. Entonces yo le dije que habíamos pensado que controlara a los presos que estaban en su pabellón, que eran sindicalistas, etc., y a los de enfrente de su pabellón, que eran presos comunes, pero que a él le tenían un gran respeto. Eso fue lo que hizo.

N.K.: ¿Se despidieron antes de la fuga?

E.G.M.: Sí, nos despedimos. Cuando nos íbamos, Roberto Quieto [otro alto dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR] y yo, que formábamos uno de los grupos que íbamos tomando pabellón por pabellón, nos tocó copar el pabellón donde estaba Tosco. Pasamos frente a su reja, él se acercó, nos dimos la mano y nos fuimos rápido. Luego vino la masacre de Trelew, el fusilamiento de nuestros compañeros desarmados. Tosco fue el gran denunciante de la masacre, el principal y quien les dio ánimo a todos en la cárcel luego de los asesinatos. El gringo pronunció un discurso desde la ventana de su celda para el resto de los presos reivindicando a los compañeros asesinados y denunciando el crimen de los militares. No era cualquier momento, ya que en ese instante el ejército argentino estaba con una

ferocidad tremenda en relación a los presos como venganza por nuestra fuga.

N.K.: *¿Lo volviste a ver después de Trelew?*

E.G.M.: *Sí, lo volví a ver durante todo el año 1975, que fue el año en que yo estuve en Córdoba. Nos veíamos semanalmente⁷.*

La fuga del penal de Rawson marca la decisión estratégica de un proyecto político que sacaba los pies del plato y no respetaba las reglas del juego establecido. ¿“Foquistas”, “militaristas”, “sustitucionistas”? Bueno, los adjetivos descalificadores enrostrados por quienes no participaron de esas luchas para autojustificarse a posteriori seguirán acumulándose. Ante cada rebeldía popular van corriendo a pedir disculpas y aclarar, ante los poderosos, que “ellos no fueron”. Lo hicieron en infinidad de ocasiones, no sólo en los años ’70. Algunas ya pertenecen a nuestra época y las he vivido. Pero la historia real sigue allí. No se puede tapar el sol con la mano ni borrar la historia con el codo, según la conveniencia electoral del momento ni “cómo miden las encuestas”. Así no se realizan los balances históricos, al menos para la concepción materialista de la historia.

No sólo había un vínculo estrecho con el sindicalismo organizado (como el propio Tosco lo explicita públicamente y los testimonios insurgentes lo reafirman). Además la dirección insurgente a la hora de planear el escape de la cárcel había realizado y discutido una evaluación equilibrada y meditada de la correlación de fuerzas priorizando, a la hora de medir las dificultades, no sólo la geografía complicada del lugar (que consideraban como elemento importante pero auxiliar) sino el nivel de adhesión política o no de la población patagónica en torno a una cárcel que allí se construyó precisamente por su notorio aislamiento demográfico. Por ejemplo, a pocos días de la fuga, el mismo Santucho declara: “*En la zona hay muy poca población y con escaso grado de politización. Es decir, no contábamos ni con la geografía, que es un auxiliar, ni con **el elemento principal para la guerrilla que es una población favorable*** [subrayado de N.K.]”⁸. En dicho testimonio, el líder guevarista enumera con lujo de detalle –a

⁷ Fragmento de entrevista a Enrique Haroldo Gorriarán Merlo: “La cultura revolucionaria en el guevarismo argentino” (realizada en México, marzo de 2006). Recopilada posteriormente (completa, donde se incorporan otros temas) en nuestro libro *Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas* (2007). Buenos Aires, Nuestra América. pp.401-413. Una coincidencia escrita con lo expresado en dicho testimonio oral también puede corroborarse en *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a La Tablada* (2003). Buenos Aires, Planeta. p. 161.

⁸ Véase Mario Roberto Santucho: “Relato a la revista «Punto Final»”. En Revista «Punto Final» (1972), Santiago de Chile, edición del 12 de septiembre de 1972. Testimonio brindado en Chile, después de la fuga, antes de partir para La Habana, Cuba.

lo largo de varias páginas que aquí no reproducimos por cuestiones de espacio- toda la fuerza de represión del estado argentino en la zona de aislamiento, incluyendo fuerzas del servicio penitenciario, policías locales, ejército, gendarmería, servicios de informaciones, brigadas especiales antiguerrilleras, etc. El intento de fuga no fue entonces un delirio mesiánico de gente que no sabía bien lo que estaba haciendo ni tenía conciencia de las dificultades del escenario en el que operaban. Fue una decisión política la que dirigió el operativo.

Insurgencia y sindicalismo clasista

En los relatos condenatorios posteriores, periodísticos o académicos, se repite como latiguillo la acusación de “sustitucionismo” a la que ya hemos hecho alusión. Supongamos que no alcancen los discursos públicos, los artículos escritos y el testimonio del propio Agustín Tosco (formulados en periódicos y boletines específicamente sindicales...) o que algún despistado con poca información considere a Tosco un estudiante pequeñoburgués de barrio acomodado.

Para complementar entonces, quizás sea útil recordar el balance de madurez de otro dirigente obrero, cabeza y símbolo del sindicalismo clasista argentino (al que nadie, ni el articulista peor intencionado o manipulador puede caracterizar como “stalinista”, “pequeñoburgués” o cualquier otro descalificativo semejante). Se trata de Gregorio Flores. Para quien no lo conozca o no lo recuerde, el Goyo Flores fue uno de los representantes más destacados del SITRAC-SITRAM, cabeza dirigente del Viborazo contra la dictadura militar, organizador de la rebeldía obrera contra la multinacional FIAT-CONCORD (donde trabajaban 2.500 operarios y obreras y 700 empleados) y una de las principales figuras históricas de nuestro sindicalismo obrero.

En una entrevista (inédita) que nos concedió sobre aquellos años, Gregorio Flores recuerda:

Néstor Kohan: *¿Vos estabas preso en la cárcel de Rawson con Santucho?*

Gregorio Flores: *Sí, yo estaba preso en Rawson desde 1971, después de la disolución de los sindicatos clasistas del SITRAC-SITRAM.*

N.K.: *¿Había solidaridad en la Patagonia con los presos?*

G.F.: *Había mucha solidaridad. Después de los asesinatos de Trelew, un día vino el ejército a la mañana temprano y “levantó” medio Trelew. Metieron preso a todo el mundo, incluyendo al chango que había sido mi apoderado. También a las mujeres, las levantaron de la cama en camisones. Golpearon a todo el mundo. ¡Una cosa propia de los nazis! Para nosotros fueron muy importantes las comisiones de solidaridad, por cómo habían penetrado en lugares tan aislados como Rawson.*

N.K.: ¿Con Tosco cuánto tiempo estuviste preso?

G.F.: *Más o menos un año. Porque Tosco, Santucho, Curuchet, todos ellos, primero estuvieron presos en la cárcel de Devoto. Los trasladan a la prisión de Rawson después de la fuga de Villa Urquiza. A nosotros ya nos habían llevado antes. Creo que yo estuve más tiempo que Tosco en Rawson. [...]*

N.K.: ¿Cómo era tu relación con Tosco?

G.F.: *Buena. Teníamos un trato fraternal. Mirá, yo conocí “dos Toscos”, uno antes de Trelew y otro después de Trelew. En mi opinión, Tosco estaba más vinculado al PC hasta la fuga del penal. Después de la fuga cambió radicalmente. [...] Tosco estaba en otra celda, pero cada vez que salía al recreo, el negro Santucho se le pegaba y le hablaba y le hablaba [risas]. Entraban a caminar juntos, en un patio grande que había.*

N.K.: ¿Tenían buena relación Tosco y Santucho?

G.F.: *Ellos estaban en pabellones distintos, se veían solo en los recreos, pero yo creo que la relación era buena porque Santucho lo respetaba mucho a Tosco. Entonces cuando se produce la fuga del penal y los fusilan a los que no se pueden escapar y quedan en Trelew, Tosco tiene en ese momento una actitud muy digna, muy buena, muy firme. Todo el mundo estaba desmoralizado... ¡Los habían matado! Nadie sabía bien cómo había sido... Y entonces Tosco tiene una actitud muy digna, elogiabile, che, muy elogiabile. En primer lugar porque tenía una voz muy fuerte, un vozarrón. A los que habían quedado los habían puesto a todos en un pabellón y Tosco, con ese vozarrón que tenía, nombró a todos, uno por uno, y les decía a los demás presos «Compañeros...» y los chicos le gritaban «¡Hasta la victoria siempre!». Muchos compañeros habían quedado muy golpeados y Tosco les levantó el ánimo. Tiempo después lo liberan a Tosco, también al Cuqui Curutchet y Tosco tiene una actitud distinta, cambia, más favorable a la guerrilla. Se liga mucho al FAS (Frente Antimperialista por el Socialismo). [...]*

N.K.: ¿Cómo era tu trato con Robi Santucho?

G.F.: *Muy buena. Yo creo que él me respetaba mucho porque yo era muy disciplinado y responsable. Yo vivo haciendo jodas y contando cuentos. El negro Santucho se cagaba de risa. A mí en la cárcel me decían el contador de cuentos. Con Robi hablábamos mucho. Él armó un grupo de estudios en la cárcel, junto con el Cuqui Curutchet y me invitó a participar. Yo le decía «mirá negro, yo sí tengo conciencia, pero no se me baja a los huevos» y entonces él se cagaba de risa, sabía el carácter que tengo. Santucho me decía «vos sos un tipo muy serio cuando hablás en serio». Después del SITRAC-SITRAM yo me incorporé al PRT. [...]*

N.K.: ¿Y qué pensás de la acusación de foquismo contra Santucho y su corriente política?

G.F.: *Bueno, de ahí vino la crítica a mi libro por parte del Partido Obrero (PO). Ellos cuestionan el foquismo. Pero yo pienso y digo que Santucho no era foquista. Santucho siempre dijo «No hay que aislarse de las masas. Siempre tenemos que estar ligados a las masas»*

N.K.: ¿Vos le escuchaste decir eso?

G.F.: *¡Puf! Mil veces, miles de veces. Tanto en la cárcel como fuera de la cárcel. Mil veces. Ahora, eso no invalida que quizás algunas otras cosas estaban equivocadas, ¿no? Además hay que recordar que ya Lenin había escrito sobre la guerra de guerrillas. Yo en mi libro no lo incluí porque no lo sabía, pero Lenin es quien formula lo de la guerra de guerrillas. Yo recuerdo que Santucho siempre nos hablaba de Lenin y la guerra de guerrillas. Fue Lenin quien dijo que los marxistas, frente a la lucha armada, no debían ubicarse nunca en la vereda de enfrente. Por ejemplo, yo siempre digo que Santucho en Tucumán tenía todo un trabajo realizado en las bases. Santucho y el PRT tenían mucho trabajo en los sindicatos obreros, tenían dirigentes sindicales muy importantes, como el negrito Fernández, como Oscar Montenegro, como Leandro Fote. Todos esos compañeros eran tipos que estaban en el movimiento obrero y que en las asambleas los votaban y los elegían los obreros para que fueran delegados. ¡Tenían un trabajo hecho...! Es verdad que cometieron macanas, errores, pero yo tengo la idea de que cuanto más grande sean las cosas que hacés, más posibilidades hay de cometer errores. Quizás yo no tenga errores como cometió Santucho si yo no hago todo lo que hizo Santucho... ¿no es cierto?*

N.K.: La violencia popular entonces estaba metida en las bases, no era algo ajena al pueblo y a los trabajadores...

G.F.: *¡Pero por supuesto! Yo me acuerdo en una huelga que hubo después y ahí los negros de la fábrica, los laburantes decían «Tenemos que buscar a los tipos del ERP que hagan mierda a la policía y a los milicos de mierda». Y una vez yo le dije al negro Santucho «¿Por qué no hacés lo que piden los trabajadores, lo que piden los negros de las fábricas?» y el negro Santucho me respondió «Porque nosotros no vamos a sustituir a los trabajadores ni a hacer lo que en todo caso tienen que hacer ustedes en la fábrica. Nosotros somos el brazo armado del pueblo, pero no tenemos que ir a matar a un burócrata sindical y sacar a los burócratas sindicales. Esas son tareas que tiene que hacer la clase trabajadora. Ustedes, los obreros tienen que echarlos. La propia gente los tiene que echar». Eso era lo que pensaba, decía y hacía Santucho. Algunos lo ven bien, otros lo ven mal, pero así era como actuaba y pensaba. Yo siempre pensé y pienso que la violencia ha sido permanente en la historia, no sólo porque hay precarización laboral, desnutrición infantil, los changos se mueren de hambre... ¡El*

capitalismo en sí mismo es violento! No hay otra forma de ejercer el capitalismo. La violencia es parte fundamental del capitalismo, ¿me entendés?”⁹.

En el último de sus libros de memorias escrito por Gregorio Flores, este dirigente sindical clasista –que murió sin un centavo en el bolsillo, sin dinero ni para comprar algo tan elemental como remedios– insiste con lo sostenido en la entrevista oral. Allí sostiene: “*Han pasado muchos años desde que Agustín Tosco muriera en la clandestinidad, condenado a muerte por la Triple A [...] Hasta hoy, los detractores del jefe guerrillero Mario Roberto Agustín Santucho no han mostrado nada superior a lo que él hizo. Creo que en la actualidad hay muchos revolucionarios, pero tienen que demostrarlo. Que unos sean mejores que otros me parece una verdad de Perogrullo, pero como dice el viejo refrán, «en la cancha se ven los pingos». Que la generación de Santucho tuvo una capacidad de entrega y abnegación es algo que hasta ahora no ha sido superado ni desmentido por nadie. Existen abundantes testimonios de la calidad humana de los guerrilleros. A pesar de todos los medios de que disponía la burguesía, no logró empañar la probidad de los combatientes. Valga como prueba elocuente cuando después de los fusilamientos de Trelew, en medio de un copamiento de la policía y las FFAA de la ciudad, la ciudadanía ganó las calles para liberar a los militantes populares que habían sido arrancados de su dormitorio por haber sido solidarios con los presos políticos. Estas son algunas consignas que creó el pueblo trelewense: «Abajo los marinos, cobardes y asesinos» [...] Es muy evidente que la simpatía por los combatientes había calado hondo en algunos sectores. Esto es innegable [...] Digan lo que digan sus detractores y los escritores de la burguesía, Santucho trascendió y fue lo que fue por lo que hizo, no por lo que dijo [...] Aunque desde distintas corrientes de izquierda se lo caracterizaba como foquista, Santucho sostuvo siempre que las acciones armadas tenían que estar ligadas al accionar de las masas [...] Muchos críticos en aquel momento y posteriormente dijeron que Santucho se había adelantado a los tiempos. Según esa posición, no estaban dadas las condiciones para empezar la lucha armada en ese momento y se caracterizaba como una desviación pequeñoburguesa. Yo nunca he compartido esa opinión, y mucho menos después de las explicaciones que me dio Santucho cuando yo le pregunté sobre esa cuestión: «La lucha armada es la continuación de la política por otros medios. En realidad, la guerra es la expresión más alta de la lucha política»¹⁰.*

Este balance, insistimos, no lo formula un chico adolescente, exaltado, en busca de aventuras, deseoso de vivir experiencias extravagantes. Tampoco un pequeñoburgués desesperado sin

⁹ Entrevista (inédita) a Gregorio Flores, realizada en el invierno del año 2005, horas antes de que participara como invitado en nuestro **Seminario de lectura metodológica y discusión de «El Capital» de Karl Marx**.

¹⁰ Véase Gregorio Flores: *Lecciones de batalla. Una historia personal de los '70* (2005). Buenos Aires, Ediciones R y R. pp. 84-85, 88-89 y 95.

paciencia, impulsivo, sin la capacidad de construir organización sindical o política. No, definitivamente, no. Es el balance maduro de un viejo dirigente sindical clasista del proletariado argentino que se jugó la vida varias veces, que compartió prisión con Santucho y Tosco y que encabezó algunas de las rebeliones obreras más radicales de la historia argentina¹¹.

Derramada o no, la sangre sigue viva

En la historia no hay nada irreversible. Siempre se puede avanzar, siempre se puede retroceder.

La sangre derramada en Trelew y en otros lugares fue, no por todos, pero sí por algunos, negociada. Los muertos y desaparecidos sirvieron algunas veces como bandera encubridora y legitimante para políticas posteriores bastante lejanas de “la patria socialista”. Eso existió, no podemos hacernos los distraídos.

Pero también existieron y existen los irreductibles. Aquellos y aquellas que no se compran ni se venden, no se entregan ni se rinden. Los viejos y viejas, jóvenes y no tan jóvenes que continúan apostando por el sueño eterno de la revolución. Trelew queda y permanecerá en lo más entrañable y noble de la memoria revolucionaria de nuestro pueblo. Como toda nuestra historia, seguirá en disputa siempre abierta al tironeo, la polémica y al debate. Depende de nuestra intervención que esa memoria ardiente no sea utilizada como combustible para justificar claudicaciones ni consumir nuevas frustraciones.

Confiemos en que una nueva generación actualizará el proyecto guevarista y retomará la posta. Y quizás, tal vez, quien sabe, las cuentas pendientes se puedan saldar. No porque la vida de nuestras compañeras y compañeros muertos tengan precio sino porque alguna vez, acá en la tierra, tendremos que hacer justicia.

Buenos Aires, barrio de Once, 22 de agosto de 2019

¹¹ Dicho sea de paso, para contextualizar, Gregorio Flores llegó en 1983, junto con Catalina Guagnini como vice, a ser candidato a presidente por el Partido Obrero dirigido por Jorge Altamira. Este balance histórico y político sobre Trelew, Agustín Tosco, el PRT y Robi Santucho donde el Goyo Flores va desmontando una a una las acusaciones de J. Altamira (y su partido) y de N. Moreno (y sus múltiples derivaciones partidarias) —ambas expresiones integrantes hoy [2019], en Argentina, del Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT)— contra el Che Guevara y contra Mario Roberto Santucho, apelando a ejemplos concretos de nuestra historia argentina y argumentando con referencias políticas vividas en primera persona como dirigente sindical del proletariado industrial, es posterior a su paso por la máxima dirección del Partido Obrero (PO). No es el testimonio externo de un ignorante de clase media influido por el stalinismo o el populismo. Es el balance obrero de alguien que conoció las organizaciones que se dicen y autopostulan “trotskistas” (¡no olvidar las comillas al leer esta expresión!) desde adentro.